

ENIGMAS DE LA IMPERFECCIÓN

CARLOS FRANCISCO MONGE

ENIGMAS
DE LA
IMPERFECCIÓN





© Editorial Universidad Nacional
Heredia, Costa Rica
Tfnos. 2261 7071 2277 3825
Correo electrónico: editoria@una.ac.cr
Apartado postal: 86-40101 Heredia (Costa Rica)
Página WEB: www.una.ac.cr/euna

© *Enigmas de la imperfección*
Carlos Francisco Monge
1ª edición: 2002
1ª reimpresión: 2012
Portada: Héctor Gamboa (sobre un grabado de Alberto Durero)
Dirección editorial: Alexandra Meléndez

CR861.44
M743e Monge, Carlos Francisco, 1951-
Enigmas de la imperfección / Carlos
Francisco Monge – Heredia, Costa
Rica: Editorial Universidad Nacional
(EUNA), 1ª reimpresión, 2012
92 pp. 21 cm.

ISBN: 978-9977-65-228-3
1. POESÍA COSTARRICENSE.
2. LITERATURA COSTARRICENSE

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

De conformidad con la Ley n.º 6683 de Derechos de Autor y Derechos conexos, ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna, ni por medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación magenotófica ni otros similares, sin la autorización de la entidad editora.

ÍNDICE

Icor de la poesía, 9

Las sombras de la ciudad..., 11

Diario de la mañana, 13

Figuras del deseo, 15

Los trapecistas, 17

Para reconocer a un narcisista, 18

Meditación sobre la mala conciencia, 20

Instrucciones para desconfiar de la sombra, 22

El chatarrero, 24

Oración para la serenidad de la tarde, 26

Sin nombre, 28

«Beatus ille...», 29

Descripción de lo que fuimos, 31

Para que el tiempo se vaya, 33

Brindis, 35

Elogio a la confianza, 37

Alguien siempre quiere decir..., 39

Arcángeles, 41

Retrato de un poeta, 43

Oficio de poesía, 45

Ofrenda, 47

¿Qué decir de un poema?, 49

Sonidos, 51

Instrucciones para escribir un poema, 53

Vivir el día, 55

Profanación del Quijote, 57

En tiempos de señores..., 59

Coplas a la suerte de mi padre, 61

I. El bailarín, 61

II. Comprobación de la vida, 63

III. Diálogo en la sombra, 65

IV. El guardián, 67

Las manos son espejos..., 69

La cancela, 71

Como de un álbum viejo, 73

Espejo sin figuras, 75

Sombras alevés, 77

Oración por la muchacha que eres, 79

Mano feliz, 81

Tus piernas, 83

Epitalamio para música de guitarra, 85

Caudales, 87

Mano nocturna, 88

Nuevas instrucciones para escribir un poema, 90

Epílogo, 92

ICOR DE LA POESÍA

*Icono irreverente invoca, indócil,
como cordial camino constelado;
ocupa oscuridades, oye, oficia
rituales refulgentes; rompe rejas.*

*Dime, danzante, ¿das dolor, desvíos?;
¿eres, entonces, émulo espejismo,
lúdico láudano? Lenguaraz lumbrera,
aleve azor, amante, así avizoras:*

*Palabra, piedra, polvo, pesadumbre,
orfebrería, oráculo, ojeriza,
espejo, especie, esperma, espantapájaros,*

*sonaja, serenata, sombra, siembra,
incertidumbre, irradiación, injuria
altar, adipsia, aturdimiento, azar.*

Las sombras de la ciudad, hace un instante densas y poderosas, ceden a las tonalidades primero cenicientas, un momento después entre púrpura y rosa, y a unos brillos distantes violados, ambarinos, y blondos y brillantes y encendidos ahora. Ya a la deriva, las sombras se arrinconan y reparten entre muebles, tablones, callejuelas ocultas, paredes imperfectas; huyen bajo los árboles y entre los basureros, y se escurren como veloces serpientes en los jardines, las tuberías y las esquinas. El silencio estelar también se desintegra. Permanecerá en las cajas de música cerradas y olvidadas; sigiloso tendrá que esperar a que el trabajo de los golpes, los pasos, el estrépito de latones vacíos o el tintineo de los incidentes del día dejen para el siguiente su costumbre de jácara y rumor, de acordes, clarinazos o ladridos. Por lo pronto se oculta entre paños y sábanas dobladas, en cajones de pino, en tiendas de sombreros; y si no escapa de esta luz del día que arrogante se impone, dormirá con los gatos bajo algún viejo puente, cuya ruina no puede con la fiereza de arriba, mas sí con la penumbra y el milagroso abandono. Hay una voz; dos, tres quizá. Una puerta que se abre; un chorro de agua que se irá a la corriente, tal vez al mar si no da con embalses, lodazales, acuarios o cisternas. Alguien recoge el diario, y en las palabras condenadas a desaparecer con el día se avisan las congojas, los ruidos desafectos, el equilibrio aterrador de los trapeceistas, la

rutina del fondero, la amistad, puertas como fantasmas, gerifaltes. En medio del creciente movimiento, Alguien oye la voz del chatarrero que desde lejos busca la mercancía caduca, como serán mañana estas palabras que lee. Empieza con el día a vivir los sucesos, de los que hoy es parte y que serán después letras con pericia dispuestas. La historia es una lectura. Alguien aprendió que el tiempo es una paradoja, que pasa y permanece; que la belleza es furtiva pero se recuerda y se ama para siempre; que confiar en la vida es un contento incansable, una forma de repetirse, con la música ebria con que transcurren y perduran los días...

DIARIO DE LA MAÑANA

ABRO el diario y me dice
que hoy no faltará la lluvia;
que hombres y animales seguirán flotando
entre noticias y esplendores
en la ciudad sin pánico pero igual sin memoria.
Y yo pienso: qué triste ha de ser
un lugar sin memoria,
sin el peso que arrastran las sombras de los días
en ventanas, en cuerpos, en los ruidos que dejan
el amor y el rencor
por estas calles donde la miseria
brota como el liquen.
Paso a otra página,
y en ella están los nombres de abolengo, los felices
sonrientes,
los rostros amarillos que penosamente repiten
las palabras curtidas,
rindiendo cuentas, abrazando muebles,
ultrajados de espanto.
Atroz es la verdad, leo y me digo.
Hoy la vida no basta.

Falta mirar las cosas de otro modo;
como si el tiempo y su habitual carmín
dieran rienda a las más viejas batallas:
rellenar los vacíos, desafiar los abismos,
afrontar la amenaza, calar hondo en la noche,
arrostrar la infamia.
No faltará la lluvia; los precios subirán,
hoy ha cincuenta años murieron muchos hom-
bres,
disturbios en la plaza
donde el amor desorientado corre;
locura en el estadio (adiós, campeones),
la razón y la paz, los hoyos negros.
No faltará la lluvia; y no sé cómo
el peso de los días, con su habitual constancia,
hace que otra mañana, ya huidas las penumbras,
recojamos el diario,
seguros del amor y la memoria.

FIGURAS DEL DESEO

EN sanjosedecostarrica hay lugares posibles,
sombras amarillentas,
sitios que se asemejan al mar por su voluptuosa
tormenta
y el asiduo partir y regresar
de la vida perpleja.
Nadie huye de los lobos;
ya no hay cristales rotos, ni abandonados cuer-
pos,
ni ventanillas a la melancolía.
Todos viven como ángeles
que amanecen, se cubren, se acicalan,
se saben secuestrados en medio del océano,
sin historias de amor, sin odios, sin pudores.
Hay un aroma a tiempo entre sus calles,
un ruido desafecto
que se prende a tu piel, como de arena;
hay palabras candentes, hay abrazos, hay cifras,
jardines con historias como petrificadas,
solitarios crepúsculos,
bandadas, colmenares.

Pero, ¿dónde está el tiempo?
¿dónde la voz que clama?; ¿dónde los cuerpos
que, invisibles de pronto, reclaman su fulgor?
¿Quién azuza el horror,
cuando hay figuras bellas sin guaridas ni picas?
¿Quién rompe el naipe?; ¿quién se lanza
en un pequeño esquife a la mar, y la invoca?

LOS TRAPICISTAS

LOS trapecistas son seres siniestros.
Juegan con nuestro pánico al vacío,
nos quitan las palabras,
dejan el corazón como botella rota
y acunan sus prodigios, como héroes de leyenda,
diáfanos, perfectos.
Nos quitan el aliento con el desaliento
de saber que la apuesta a la cabriola
es un juego de niños, el simulacro
de saltar a la orilla ignota.
Y aquí, nosotros, como flecos de espanto,
desde lo profundo,
clamamos al reposo, al amor primero,
a la señora costumbre.
No basta con dejar de contemplarlos;
ellos burlan las rondas, los atajos,
quieren la hondura, el frenesí,
el roce de la melancolía.
Y, pávidos, nosotros los oteamos,
sabiendo que el instante brutal no se avecina,
y corto siempre llega.

PARA RECONOCER A UN NARCISISTA

ÉL se fija en las puntas de sus pies,
él se mira las uñas,
se ajusta el moño, el lazo (en fin: la pajarita),
y empieza su viaje cotidiano hacia el espejo.
Hay en sus manos
una solemnidad de estatua,
una sombra de alondra,
una suerte de aroma a terciopelo,
a minué o a ceniza.
Habla para que el mundo lo contemple;
arroja un pétalo a la suave corriente
y el río lo aplaude y lo retrata;
se engola de sí mismo
Cdemasiado perfecto para ser verdaderoC
y mira a los tres puntos cardinales (el norte es él)
por sobre el hombro,
recogiendo su espada y su gabán.
Ha aprendido a entonar sus propios epinicios:
en mejicano cuando fue a la augusta
ciudad de los metates y los charros;
en catalán cuando hizo migas

con una marinera japonesa que pasaba tiempos
[en Gerona;
en alemán a veces, porque da postín,
y en castellano, en nica, en quechua, en rioplaten-
se,
según el ritmo, el baile y la etiqueta.
Para reconocerlo
basta observar su estilo
de llevarse la mano a la corbata,
de acariciar las sienes amarillas,
de insuflar citas célebres;
pero más si se fija en las puntas de sus pies,
y se mira las uñas,
como si hiciera reverencias
a todos y por todos,
agradeciendo aplausos a la nada.

MEDITACIÓN SOBRE LA MALA CONCIENCIA

YA lo sé, y lo comprendo:
eres el ser más desgraciado del mundo,
el felino sin garras,
el mar que tempestuoso desgaja y aniquila
el inerme batel;
que estás hecho de culpas y prisiones,
de palabras feroces,
de heladas ventoleras.
¿Que tus horas no cuentan?
¿Que tú giras y giras sin hallar otro espacio
que una sombra, la tuya, hecha jirones?
¿Que no valen acaso
los afanes ganados a ese río veloz de figuras y
[sueños?

Ya lo sé, y lo comprendo.
Porque no hay nada oculto.
Ni el amargo sabor que te consume;
ni ese rostro dejado en el espejo
como un suceso que merece el olvido.
Tu cuerpo hecho de esquinas,
de vanos movimientos,

de farallones a veces,
¿dónde lo dejas hoy?, ¿cómo te yergues
sin otra presea
que tu hermosura rápida, abrasada?
Y tú gesticulando,
y tú sin otra culpa
que merecer la vida.

INSTRUCCIONES PARA DESCONFIAR
DE LA SOMBRA

A VECES olvidamos que la vida es un viaje,
un repentino tránsito de historias:
libélulas en la bruma,
azarosas, furtivas.
Conviene, pues, salir al descampado,
rendirse a la hermosura,
despejar las palabras de su olor a naufragio,
y domar el espanto.
Porque en esta región no hay dorados otoños
ni hay nevados inviernos;
la lluvia aquí es cerril, apasionada;
los mares son impíos y engañosos;
el viento a veces danza como un ángel perdido,
y otras como una fiera, como una oscura bestia
sin hartura o sosiego.
Aquí todo es posible: darles lumbre a los astros;
tragar, como la noria, los ríos de palabras;
atenazar el tiempo, ese perro ladrón y ladrador,
o dejarlo que fluya, que hiera como un rayo,
que se adentre en la piel, que nos fulmine.

Después ya habrá después. Aquí la vida vale
unos granos de arena,
una aroma, una chispa;
cada palabra es un fulgor,
una fruta, un almíbar,
un sollozo valiente.
A veces olvidamos que la vida es un viaje
furtivo y azaroso;
pero no hay terraplenes de cansada amargura,
ni patrañas ni ruinas
que puedan arredrarnos. Hay figuras, hay trapos,
puertas como fantasmas,
papeles grises, patios; y hay ventanas,
y un resplandor vecino,
y unos cuerpos sin límite,
como unos campanarios en medio del naufragio.

EL CHATARRERO

DISPONGO,
con la solemnidad de los momentos cruciales,
que estas líneas no sean publicadas;
que sea la realidad solo herrumbre de historias,
de figuras,
y que la sombra errática que dejan las palabras
se merezca el amor.
Dispongo que los cantos de todas las sirenas
no me sean devueltos:
demasiados quizá, maniáticos, cerriles
me parecen ahora.

Hoy quisiera decir
cuánto es distinto desde el pozo de los sueños
la voz del chatarrero.
En sus manos las cosas
cobraban una luz irrepetible;
los sonidos caían como si respirasen,
los relojes volaban azotados
por la música
del mar y de las noches cenicientas.

Era un ser ya sin tiempo;
sin bártulos siquiera, sin tormentas,
y sin la vanidad
que nos dejan los días como una sombra espesa
y maloliente.
Digo que entre sus manos
las cosas recobraban su premura;
lo perseguían los lobos,
jamás se despedía,
sus pasos eran ríos temblorosos;
y él vivía sin música, sin fatigas ni furias.
Digo que aquí no caben más palabras
que su voz de capitán caído: «Ah de la vecindad;
ah de la vida;
ah de la noche dura que se empeña
en derruir la memoria».

ORACIÓN PARA LA SERENIDAD DE UNA TARDE

SOLO espero que la vida no premie
la santidad o el arrepentimiento,
el pecado letal
o el perfecto crimen en la oscuridad.
No hay por qué desconfiar
de los años que ofrecen sus paisajes marinos,
y nos miden la sombra como lobos.
No hay por qué, entre las ruinas del cansancio,
no sortear esa larga cuchillada del tiempo,
y salir a la brisa,
y darle nombre al polvo de la casa derruida,
y afinar el instinto a la hermosura.
Para tantas palabras encrespadas, dichas,
danzando en la oscurana,
no hay razón de callar.
Siempre hay riberas llenas de esplendor,
donde recalán fieles
los cuerpos mejor enamorados
que danzan y se agostan como ríos o ciudades.
No hay rincones vacíos; no hay palabras de más.

Hay historias, instantes ominosos y fieros,
ríos lentísimos, cuevas
para siempre olvidadas;
pero en la noche el mar deja el terror a un lado,
y aguarda entre las olas sigilosas
la tibieza del alba,
la obstinada belleza,
y amorosas palabras, sin más que sus banderas
amarillas de tiempo.

SIN NOMBRE

(In memoriam: A.O.)

A VECES una ingrata sorpresa,
una puerta entreabierto que de golpe
se cierra en medio del silencio herido;
otras es un fantasma ciego,
una sombra insistente
que nos sigue y nos deja y nos conmina.
Mas siempre es innombrable:
golpea, nos hace trizas las palabras,
finge viajes y encuentros,
nos toca, nos rodea;
dice que el tiempo es solo un manantial
refulgente a lo lejos,
que la noche no existe,
que no hay ruidos ni trampas ni prisiones.
Siempre la muda, la obstinada y sola,
la que no tiene nombre
ni palabra posible.

«BEATUS ILLE...»

DICHOSO quien comprende
que la nada es la nada;
que no hay aquí y allá; sombra o luz,
penumbra o cegadores resplandores. Nada.
Dichoso quien no sabe
si espectros son o nítidas señales
los latidos del mar,
los cuerpos que fulguran de belleza o espanto,
los arañazos últimos
de un amor bien aprovechado, pero breve y
[perplejo.
Acaso alguien lo sepa: que estas murallas viejas
de la ciudad esplenden y se arrugan;
que arden los ríos
de música que aturde y atribula,
pero no engaña, ni se precipita,
ni desaparece de pronto.
Si el tiempo nos conmina, ¿quién lo sabe?;
Si hay íntimas estancias, voces ya no terrestres,
puentes desconocidos, sombras,
¿quién podría

dar una mano y ser lo que no somos:
luz perpendicular, verdad exacta,
caso ya resuelto?
Dichoso aquel que sabe
si el tiempo es transcurrir, o catarata
que entre la espuma nos envuelve y cae;
quien conoce la ruina, y conjetura;
quien advierte, adivina, reconoce.
La patria será entonces un amable y caduco
galpón de la memoria;
las palabras hogueras ante la tempestad glacial;
y el desamparo, una urdimbre de sueños
sin más que la verdad,
sin un gesto de horror, sin un acto de honor,
pero dichosos.

DESCRIPCIÓN DE LO QUE FUIMOS

MÁS que un bien, o un estado,
la inocencia es tan solo una palabra
que a veces recordamos, y otras veces apenas
quisiéramos dejar,
como a la sombra.
Hay palabras mayores: el amor, el altruismo,
la catástrofe impía, los miedos,
la verdad deliciosa;
pero nada son ellas sin esa chifladura
de recorrer el tiempo hacia los flancos, hacia
atrás,
con los huesos torcidos como látigos;
como huéspedes grises y desorientados
buscando entre la niebla lo que fuimos ayer.
Subimos esa escala incorruptible,
asustadizos, ávidos,
merodeando entre el barco y las redes letales del
horario,
como bichos rapaces,
y no podemos más que transcurrir,
increpar la belleza por furtiva,

amar la sombra propia que nos mira a los ojos,
restituir el color y el calor
del cuerpo entre las aguas que lo quieren perfeto.
Así no hay amenazas, ni ruinas,
ni ladridos punzantes en las noches.
Es nuestra sola vida, hecha de herrumbre y nácar,
pero llena de música, incansable, confiada,
y sin más descontento
que su débil retorno a los sabios recuerdos,
inocentes y tibios,
pero inanes y sueltos para siempre del cuerpo.

PARA QUE EL TIEMPO SE VAYA...

Ni la más lenta música,
ni el paisaje más vano o fugitivo,
ni la justa bengala de la juventud
batiendo puertas.
Nada lo detendrá.
Es como un sueño de caballos que en desenfrenado
arrebato nos prende y atropella,
que nos huye y nos cerca.
Las figuras, los trastos,
la mano torpe del jugador,
)dónde habrán de quedar sino entre las palabras,
conjuradas, oscuras,
habitadas apenas por los días felices?

Duendes y palitroques: que eso son las palabras.
Y ni ellas mismas, que besan como moscas,
que aúllan sin pasión contra el silencio,
y murmuran y saben que morir a tiempo
es mejor que la nada.
No es la música lenta,

ni la gracia que deja la belleza en las manos;
es el cobijo del miedo,
la amenaza velada que el espejo retiene
certero y nos traspasa.
No hay música ni juegos ni palabras,
solo el duende del miedo, el palitroque
para que el tiempo se vaya.

BRINDIS

¡QUÉ brava es la amistad!

A veces ella nace detrás de un buen café,
o un vino de la casa;
a veces entre libros antiguos, desgajados,
como pidiendo al tiempo un perdón sin reservas.
¡Pero siempre se planta! Siempre nos desafía,
no deja ni un rincón sin la luz necesaria,
ni se ampara al error,
ni grita, ni nos chilla de cruel magnificencia.
¡Cómo luce y pasea por la plaza soleada,
qué merecidos rabo y orejas, qué aromas,
qué pañuelos!
Tan de repente a veces nos zarandea en su danza,
tan ligera se viste de tarde sosegada
que nosotros, buhoneros, apenas nos rendimos
a los húmedos muros de la dicha fugaz.
Pero ella, (qué valiente; qué bien plantada carga
contra la bestia infame
que pueda devorarnos!
Ella lucha y transpira;
se adueña de las calles, se lanza a los escombros,

se ensucia en la miseria,
pero es firme y abraza,
ríe en el momento exacto.
Nos llama a la hermosura,
a abrumar de bengalas la noche,
y a dejar la serena soledad para otro día.
¡Venga , alcemos la copa, qué brava
la amistad!

ELOGIO A LA CONFIANZA

«*Queda siempre la dicha...*»

R. ALBERTI

YA lo dijo el poeta: detrás de las jaurías,
entre espinas y sombras y blasfemias,
entre aullidos y brasas,
queda el refugio, el templo
de esa verdad incólume, bruñida,
ese oleaje aromado
que nos acaricia con fervor y aplomo.
No es piedad ni es perdón,
no es la noche manchada de azucenas;
es una moneda solitaria
que rueda imperturbable a nuestros pies,
nos llama, nos persuade
desde su mengua obstinada.
Y así perdura el día: con su música ebria,
con sus historias, sus presentimientos,
y el esplendor que avisa, como antaño,
que detrás de las ruinas
no hay estragos ni culpas;
que la aviesa carcoma es una flor de olvido,
un ardid de la noche.

Podemos reanudar, como las olas,
este afán de sudores perfumados,
esta danza sin cauces ni fronteras,
como arrastrando luz,
como temblando de valor y hermosura:
como queda la dicha,
como siempre la dicha.

Alguien siempre quiere decir; siempre quiere cantar. Ama hasta la ceguera a quienes son capaces de hallar nuevas palabras, de inventarlas si imperativo fuese, para hablar de la dicha, o apaciguar las trombas con una música oculta cuyas cuerdas y vientos y metales vibran, creando unos rumores seguros que se derraman, y solo cuando quieren se detienen. Con júbilo o temor o abandonado arrobó, Alguien descubre su templo de voceros, de enviados; ya no vicarios ni mediadores, sino ángeles o arcángeles sin otra gloria que vivir y perdurar en su ignoto y sabido lenguaje del amor. Hubo ocasión en que Alguien asistió a los momentos de cumplimiento de un ángel suyo; un viejo sabio en cuyas canciones descubrió el sentido de la gracia y del deber. Le dijo y le dejó Alguien unas palabras, quizá opacas mas nunca lisonjeras ni manchadas. Nada como el oficio de poesía, claro y justo: no hay misterios ni trampas; no hay profecías ni mágicos jardines; no hay más que mil preguntas y sonidos, juramentos, consejos repetidas y plegarias y túneles sin fin. Los poemas se escriben sin rencor, como amasando el pan. Ni ángeles ni demonios son los suyos, que de esas binariedades Alguien acepta poco. Son trovadores, como desde antiguo se sabe: buscadores, descubridores que disponen y

cifran las palabras para borrar el miedo y espantar el silencio de los abismos inanes. De espantos y figuras, diría Alguien, está lleno el caletre de aquel caballero que leyendo y leyendo se tornó leyenda. Alguien pasa esas páginas, quiere soñar como él, y no encuentra por dónde huyen las sombras, las patrañas. Adivina que decir o cantar son los caminos para inventar verdades, transitorias pero al fin hechas para el consuelo de unos y la inquietud de otros.

ARCÁNGELES

LOS poetas no sirven para nada.
Son antiguas costumbres,
maderas desconchadas,
pliegos de carnaval que al viento olean
su estrella desteñida.
Tocan, huelen, sopesan las palabras,
y ocultan con pudor su oprobiosa cojera.
No saben de ornamentos:
de alféizar a dintel, de sotabanco a zócalo,
saltan como marmotas,
penando, adormecidos.

Pero en los días grises,
cuando los ríos suenan a chillidos siniestros,
y el frío de la mañana
husmea, y huele a sombras el espanto,
ellos vienen felices, con su pan, sus antorchas,
su corazón en paz,
como ángeles hermosos, sosegados;
como dioses huraños pero sabios de amor.
Y no hay trombas ni espantos,

ni mascarones rotos, ni agruras,
ni zarpazos...
Solo un espejo tibio de juegos olvidados,
un abrazo sin tiempo,
un buen vino, y la música
afuera, entre los árboles,
de arcángeles danzando adormilados.

RETRATO DE UN POETA

(In memoriam: I. F. A.)

HUBIERA querido decirle al poeta, al viejo
[poeta,
mientras moría y no moría,
que de veras los días, los mismos territorios,
las noches de pasión y sobresaltos
siguen vivos, obsesos, infalibles.
Que el tiempo esplende, que las breves palabras
rugen a veces como tempestades,
y cantan y semejan bermejos farallones
donde la luz se posa.
Hubiera querido decirle
que aun los cuerpos expían sus milagros y formas
de soñar y caer;
que la niebla amarilla de los odios
a cada amanecer
se oculta entre los árboles, agusana los días
y se arrebuja en aguas lóbregas.
Pero las palabras, con su huraña ternura,
saltan los arrecifes,
y aquí están con nosotros: dichosas, avezadas,

tal como las dejó sobre la mesa,
con su aroma a romero,
buscando en los espinos
la más pequeña luz.
Hubiera al poeta querido decirle
que hay puentes y maromas sabiamente
[tendidos,
que hay trochas y parajes;
que la mar nos vigila con su rumor tranquilo,
umbría, luminosa, fugitiva y perpetua;
que entre espantos y lágrimas
las palabras que ahora reposan hasta hundirse
rugen a veces como tempestades
y cantan y semejan bermejós farallones
donde la luz se posa.

CUANDO la luz pasa,
y cae perpendicular
y se agosta en las breñas y quiere amanecer;
cuando está en su deseo
dejar que las alianzas entre el amor y el cuerpo
se disipen y queden como historias perdidas,
es entonces cuando
las palabras de celebración,
las lentas ceremonias de una danza fortuita,
la generosidad de los recuerdos
saltan,
hacen la ronda,
dan los pasos del vals, de la mazurca,
y dejan en la piel como un dictado
para vivir el tiempo y merecerlo.
Jamás nos abandona ese rayo de luz,
esa brisa señera que desaloja todas las fatigas
y quema dulce y firme, como papel de estraza.
)Que si herida o contusa por la arenilla fiera
del callejón o el fósil?)Que aleteando
a veces entre el friso de las calamidades? Pase;

pero nunca burlada,
jamás enmascarada como ladrón de ortigas,
sino clara y celosa,
como loba guardando de sus crías, inquieta,
como el vals, la mazurca
y el yigüirro obstinado de la madrugada.

OFRENDA

(a R. Q.)

PARA que tú no olvides ni te olviden,
tus palabras soy hoy como sirenas,
como las aguas recias de impreciso destino:
que salvan, vuelan, riñen,
y en días peligrosos
son la sombra materna, la oración secular.
Para que no te olviden ni te olvides
has braceado entre escombros
buscando una morada,
has anegado todos los paisajes bruñidos
para que no haya duda que los fantasmas duelen,
que van royendo el alma
y finalmente --tercos, puñeteros--
zumban como el amor.

¿Recuerdas tu desnuda perfección?;
¿puedes reconocer, desde esa altura ignota,
los declives del tiempo, las espumas doradas
de los días sin término,
el traqueteo del cuerpo enamorado
tan cercano a la gloria, a la irradiación?

No despiertes aún, que no hay abismos,
que no hay despeñaderos
ni cavernas
capaces de acopiar tus juramentos,
o el rumor de tus pasos,
o tu sombra de náufrago
subiendo la escollera en la ventisca.
Cuando la lluvia suena a bandadas de cuervos,
ninguna voz responde
sino tu carillón, los cascabeles
fulgentes en tu noche
y en tu mar ya sin ruido.

¿QUÉ DECIR DE UN POEMA?

¿QUÉ decir de un poema?

Que es un salto al vacío;
que es hablar por hablar;
que es pura vanidad de quien escribe
y de quien lee; que el canto
no vale más que el canto en la moneda
si ésta no brilla y vale en su momento.
Que es una prueba de valor, la yedra
que efunde de los muros blancos
y sigue sostenida a sus palabras,
danzando, repitiéndose.

¿Qué se puede decir de un poema?

Que es la resaca del amor, cuando hace falta
un rayo más después de la tormenta,
y el cuerpo ya no puede con su aroma de tiempo
y busca entre sus sombras
la alborada perpetua,
atónito, indefenso,
como la zorra entre el lebre y el fuego.
Y en la dormida magia de la arena marina,

horada desde antiguo, como el cangrejo,
tras las olas felices.

¿Qué más puedo decir?
Que esta mañana, cuando la luz puntual
ya no amenaza,
y entre sus madrigueras nos otean
los días colegiales,
se anegan los paisajes,
las palabras se agolpan, corren,
se precipitan,
queman laderas, mástiles, techumbres,
y aquí se plantan, frente a mí, voraces,
llegadas de otros tiempos,
rotas, temblantes, ateridas,
no pidiendo perdón,
sino desfallecidas, como exangües soldados,
sedientos y amorosos caballeros del tiempo.

SONIDOS

HAY canciones hermosas que te llenan,
[tal vez a tu pesar,
de lágrimas los ojos,
de una desconocida suavidad tus músculos;
pero son un momento fúlgido que se precipita,
y como empieza, acaba.
Y hay tambores que tocan a rebato,
volcánicos, furiosos;
gritos como de jarros o calderos,
voces como botellas contra la barricada;
zumbidos, melodías, castañeteos.
Y entonces te preguntas: ¿habrán sido los mismos
sonidos que se oyeron
en el primer amanecer lejano;
los fragores del crimen que fueron luego
cantares de batalla, plegarias,
tonadillas hechas de leyendas y de héroes
[ya olvidados?
Tú juras y rejas haber oído,
como entre las cañadas,
pasos de algún caballo, de un cortejo quizás;

tal vez ya no recuerdas
esas lluvias cargadas de una furia dichosa,
ni sus truenos undosos,
ni su música sabia. Pero sí que recuerdas
esa canción hermosa que te llena los ojos
de una luz casi ajena,
de un esplendor que no vacila
ni ante el polvo ni ante la carcoma.
Y sí que reconoces entre la baraúnda
ese ruido soñado, el retintín, el silbo
de la vida corriendo, de tu cuerpo hecho música,
sucesión, timbre exacto,
jamás a tu pesar.

INSTRUCCIONES PARA ESCRIBIR UN POEMA

LOS poemas se escriben sin rencor,
como amasando el pan,
procurando que el tiempo no se embriague
[en exceso,
y que al atardecer nadie falte a la cita
con la hermosura de la noche voraz.
Hay que huir de las llagas incurables:
nada de gloria eterna, ni mármoles caídos;
no rimar armonía y alma mía;
dejar que el arpa solitaria
se arrope en su rincón.
Y sobre todo: cuidado las letanías.
El amor ha de ser
como un fruto deseado,
como limpiar serenos la pianola
después de un prolongado descanso;
y las palabras: siempre uniformes, justas,
[impecables
en su grave pecado de lascivia.
No llorar en silencio: no es gentil ni elegante;
ni dejar que las cosas se desgasten de miedo,

de abulia o arrogancia.
Porque todo lo nuestro: los postigos, las cartas,
la memoria que a veces se nos cae de resea,
merecen este ruido dichoso y solitario,
la apetencia del bien,
la turbación de un elogio,
y la leve insistencia de alentar.
Aunque a veces dé ganas
de huir insobornables de las desvencijadas tinieblas,
del horror o el desaire,
de la trampa granuja,
jamás escarnecer, que entre las puertas
más oscuras y alevés
siempre hay luz, hay un fresco
bálsamo de algazaras,
como el mar cuando danza deshecha la tormenta.
Los poemas merecen la fiebre y los fantasmas;
las sirenas, los túneles,
el lejano latir de un can que nos acosa
por costumbre y no cesa.
Siempre vuelven y acechan
las furias y las penas,
como duras tenazas,
como filtros de amor,
como palabras.

COMO uno de esos largos pasajes con que

[Homero

contemplaba la vida, descomponía
las muertes, las batallas, los amores furtivos,
la sombra del fracaso,
y los odios, las fugas, los gritos estelares;
como si el cuerpo fuese más que lluvia escarlata,
y el mundo ardiese de bengalas
y no hubiese palabras,
ni gestos,
ni abrazos,
ni miradas deliciosas;
como aquella acrobacia, ingrata por lejana,
que partió con la feria
y solo perdura un tatuaje, apenas el deseo.
Como uno de esos largos pasajes
leídos incansablemente,
tan parecidos a unos pasos de ángel
entre esta urdimbre de puertas, de pantallas,
de torrentes, de ruinosos tejados
y farolas y polvos y herramientas.

Así, vivir el día
sin mayor tragedia que algún atardecer que
[se enamora
y se extingue,
sin batallas ni espantos,
sin la furia del viejo caballo solitario
que endurece las venas
y a veces petrifica con argucias la vida.

PROFANACIÓN DEL QUIJOTE

YO me pregunto a veces
por qué amar a ese tonto de capirote,
a ese sujeto soñador, solemne,
tan metido en sus trasgos,
tan zafio, tan huraño.
Me pregunto si toda la belleza
no es más que una vacía cuchillada en el aire,
un claror en la vista fatigada,
una seña olvidable.
Y más triste es aún
tratar de responderles esas mismas preguntas
a esos chicos menudos, firmes en sus deseos,
con miradas atónitas,
allí sentados ante esta cantera de dudas,
frente a este disfraz de lector traicionado,
poco feliz, perdido.
Si pudiera decirles
que las maderas crujen, ya sin culpa ni gracia,
por el tiempo,
que la noche nos deja subrepticias palabras,
que hay un polvo de siglos

gritando enamorado como si no existiesen
la amargura o la aniquilación.
Pero no hay cómo darles explicación a todo:
ellos saben que la única mentira
es inventar la gloria,
y que sus cuerpos bellos,
tan llenos de sentidos y señales,
no habrán de sucumbir.
Yo soy el obcecado,
el soñador, el torpe;
el que página a página redobla sus patrañas,
que a sus horas felices les despoja
de sus mejores palabras, de sus gestos
y de sus figuras.
Y todo mi estupor
como un alud se cae, se precipita,
con las manchas del tiempo,
velando armas, huyendo,
indigno de su amor.
Yo me pregunto a veces
por qué aman a este tonto, a este sujeto huraño
que los quiere de veras, que los sueña.

En tiempos de señores, de comendadores y de condestables; en tierras de tradición donde vivir y morir por su rey eran juntamente razón de honor y amor, una familia de soldados, maestros y caballeros, prestó servicios de arrojo, resolución y, dígame sin reservas, de arrogancia también. El patriarca, adelantado mayor de aquellos reinos, murió en prisión con sospechas de envenenamiento; uno de sus hijos, trigésimo de una famosa orden, logró la rendición de plazas, atalayas y comarcas enteras a lo largo de su agitada vida. No la perdió en batalla tratando de reconquistar para su orden una antigua provincia; la abandonó en su lecho, después de mil victorias más para sus reyes, de lento y triste mal. Su hijo, que además de soldado como su padre, poeta fue, dejó con sus palabras que el tiempo como el agua corriera por los ríos que van a dar a la mar. Y esta es la historia. Pasados los siglos, Alguien sigue leyendo aquellas palabras; las siente suyas, las transforma, las quiere refrendar. Solo separa de ellas la vanidad de la gloria, la torpeza del miedo o la servidumbre al desdén. Quiere honrar el pasado, dignificar el tiempo, porque Alguien reconoce en las viejas lecturas sus días de hoy y de este instante furtivo.

COPLAS A LA SUERTE DE MI PADRE

*...septuagenario ya,
quien ha perdido la memoria y las palabras.*

I. EL BAILARÍN

MI padre fue un valiente bailarín.
No tuvo espejos ni barras,
no se abrazó a la luz de candelabros,
ni al aplauso cordial,
ni erró por los salones.
Fue un sabio cautivado por las glorias del paso,
por la brisa del tiempo entre las manos;
era un cuerpo encendido de minués,
un zapateado, un mambo, una alegría
por habitar el juego de la noche sin niebla.
Era un cuerpo locuaz,
un pequeño palacio de secretas solanas,
un jazmín sin el miedo de la quietud helada,
un vestíbulo vasto
donde el pulso azulado del tiempo se cernía.

Él era un bailarín, una sombra afinada
de incansable premura,
un velero desnudo ante la mar abierta,
pero firme y dichoso,
sin espejos ni barras.

II. COMPROBACIÓN DE LA VIDA

LA tienes frente a ti: es la mole del tiempo,
gárrula, ingrata, triste,
tocada de engañosos plumajes,
y toda para ti.
Y no atinas siquiera a dar con sus cubiles,
ni a sincopar tus pasos con su danza felina;
aunque sabes muy bien
cómo se escapa por entre los peñascos
[la marmota,
la comadreja fiel.
Qué difícil, te dices, si no existiera el tiempo;
si tus pies no cayeran, como caen, esplendentes
hasta el mar y sus conchas,
si el cristal de tus días pertinaz irradiara
glorias y desvaríos.
Pero a veces maldices; a veces te levantas
como un turbión de estrellas pobremente
[llevadas,
y reclamas, suplicas, interpelas,
por qué esta soledad, a qué esa desmemoria,
cómo el polvo se escapa

de tu cuerpo acariciado largamente;
sin la mole del tiempo, acariciado.

III. DIÁLOGO EN LA SOMBRA

Si pudiera ayudarte
a escapar de esa alucinación,
de ese reino de espantos donde tus palabras
se caen, se precipitan,
se convierten en brisas glaciales,
en fantasmas.
Si pudiera cantar, como tú lo querías,
con una voz dorada y sólida y soberbia,
hasta apresar la bruma de tus años finales;
si pudiera contigo
recoger ese polvo ya pardo que te ciega,
te quita la hermosura,
te atropella, te agravia.
Pero hoy todo es así: ya no lloras ni ríes;
tu memoria es un trapo deshilachado y pobre,
y ya no hay fantasías ni consejas;
solo un trozo de espejo donde están como
[heridos
los últimos paisajes.
Quiero agradecer tu vida, y no sé cómo;
amañar una historia, inventar un naufragio,

restaurar tus amores: al viento, a la madera,
[a los relojes,
a los cuerpos perfectos, triunfadores.
Yo te miro, y pareces una sombra cautiva;
yo te abrazo y aun se oye ese ruido obstinado
de los ríos y vaguadas;
yo te llamo y no puedes
darle ritmo a tu recio corazón de otro tiempo.
Porque ya no es el mismo tu cuerpo ni tu aroma,
ni esa música airosa
con que te arrebatabas a danzar en la niebla.
No sé si estás a punto. No lo estoy;
solo quiero, si pudiera ayudarte,
comprender tu penumbra, conocer sus figuras,
y amarte con tu nombre y tu miseria,
con tus fieras palabras inflexibles,
pero suaves y justas para mí para siempre.

IV.EL GUARDIÁN

SENTADO en el desván,
con su silencio grave,
ya no es, ya no es el mismo.
Ya no es aquel muchacho
memorioso y altivo,
el inquieto guardián de tus pasos y sombras,
el que un día cayó
en la trampa insalvable de tus felices
[movimientos,
de tus manos brillantes.
Ya no es el seductor que bañado en temblores
corrió tras tu frescura,
te miró largamente como si hubieras sido
un paisaje sin sombras,
y guardó tus palabras más sedientas y firmes
para ti entre sus noches.
Ya no es el iracundo centinela
que desdobló tus días
en pequeños achaques,
pero amados y tuyos para siempre, y perfectos.
Hoy lo miras rendirse,

hacer genuflexiones ante el atardecer,
temblar en la oscurana,
interrogarse como avergonzado
dónde está la belleza,
tu suave majestad,
tus manantiales.
Y también tú preguntas por el joven relámpago,
tu hermoso bailarín
sabio de territorios,
que hoy se retira a su noche absoluta,
alucinado, lóbrego, sereno,
sin escarnios ni heridas,
pero siempre guardián de tu cuerpo
[y tus sombras.

Las manos son espejos; todo lo ven a su manera y temple. Hablan también, mas no con palabras de sonidos y suspiros y pausas, sino con el silencio de sus danzas, con una música muda. Alguien sabe que el lenguaje de las manos es de un fuego que no abrasa, mas puede consumir. Esplenden sin luz, y no dejan sombra. Todo son ellas: movimiento, brillo, arpegio; cobran colores siempre nuevos y efímeros, reconocen aromas, paladean los néctares, los ácidos y el amargor que en sus momentos place. Baten palmas en gloriosa armonía; e igual sujetan bártulos, armas arrojadas o frutas silvestres, que completan abrazos, amenazan, levantan de la tierra inverosímiles máquinas, y conducen y cortan y señalan los montes y se bañan de luz, tal los espejos. Las hay felices, que se conducen por los arrabales, por montes y praderas, explorando límites y rodeos y refugios; las hay nocturnas, dibujando pasiones, buscando entre los ecos del insomnio signos, caligrafías audibles, chasqueos, zumbidos. Alguien escribe, y de su mano escapan unos signos que el tiempo ya sabrá disipar, aunque hay quien asegura que las palabras de amor se aferran a la persistencia. Al escribir Alguien conoce que todo esto es un juego, prodigiosa ficción para que amantes deslumbrados por los momentos de la insoledad vivan en las palabras sin la arena del miedo. Desde las sombras lejanas, como las

breves fulguraciones antes del amanecer, los cuerpos saben dialogar; se convocan con el idioma ancestral de los roces apenas enunciados, de besos que son mares tempestuosos a veces, y otras plácidos lagos o fuentes laboriosas. Las caricias exploran, reconocen el tiempo, porfían en los momentos aciagos y en la oscuridad alevé; se juntan jamás en retirada, y libran cuerpo a cuerpo una lucha por limpiar de escombros la memoria. Las historias de amor no son sino palabras arrojadas al pozo de la dicha; a veces chapotean, se sumen, buscan la oscuridad por entre túneles y recovecos, y siempre encuentran luz, pequeños resplandores, centelleos. Amar es una reiterada ficción; la mano de Alguien que traza estas líneas y palabras, que se dibuja a sí misma, y cuenta entre figuras antiguas su crónica de espejos y caricias, sus viajes por extensos territorios, en una batalla por descifrar los enigmas de la imperfección.

LA CANCELA

ANDA, juguemos al amor,
rebochemos el cuenco,
dame el temblor, tus prevenidas sombras,
el arte de la noche
que entre tus movimientos se despierta.

Ya no el silencio despiadado
de los días oscuros,
ya no el despeñadero de los actos injustos;
quiero el río de tus furias,
el ángel marinero que levanta
tu estatura y sus puertas,
el árbol que encontré, cuando galeote y náufrago,
en tus vertientes.
Anda, que los colores pasan como duendes,
como adelfas acaso,
y yo los quiero
para una esquina de tu bosque en llamas.

Soy la avutarda, el lince,
un fauno que perdido entre tus cauces sube,

alguna danza antigua,
una osamenta contra el tiempo, una fecha
casi desconocida; dímelo tú. No importa.
Pero ven a la fiesta, al vendaval,
y dejemos abierta la cancela, que la arena
[del miedo
no pasará, no pasará. Juguemos.

COMO DE UN ÁLBUM VIEJO

¿RECUERDAS que querías ser una margarita
suspendida y añosa
en los vitrales de un amor sin sol?
Pero no fue posible: los pozos encantados
subieron a tu piel,
los aguafuertes de la noche huyeron
de los viejos rincones,
y tu lumbre de urgencias
jamás se deshojó.

Este paisaje de hoy,
estos signos inmóviles que se afilan de pronto,
a sotavento irán, y tú a salvarlos
por un instante más de la miseria.
La voz de cada historia suspendida en tus manos,
esas palabras grises,
el aluvión de enigmas que a tu sombra
no han podido enraizar: todo lo cifro
en ese movimiento ya gozado, imprevisto
por tus itinerarios.

Y te escribo y me escribo. Deshojando

[el amor, -----

curando el territorio ya destruido,
rasgando el eucalipto de donde correrán
aguas de tinta y sol.

Yo te miro y me escribes: deshojando el silencio,
como la margarita
que seremos tú y yo cuando el lenguaje
con el tiempo, cansado, se disipe.

ESPEJO SIN FIGURAS

TAMBIÉN, como un Romeo,
subiré a tus navíos;
como un invierno subterráneo torceré tus raíces,
desoiré las salidas amarillas del tiempo,
saltaré los jazmines,
y el limonero de otro patio lejano,
tu nombre aprenderá.

Me hallarás en los juncos,
bordeando el precipicio,
descifrando el polvo de una antigua ciudad
como esta que se despeña entre casas colgantes.
Me verás entre muebles,
midiendo las figuras blanquecinas,
la espina de la noche cerca del mar; y el arpa.
Ya el tiempo de los héroes se ha disipado, y todo
como una ronca niebla bate la dicha, corta
[la memoria,
deja el balcón a otras melancolías,
y la ruina es inútil.

Ya la ruina es inútil. A tientas los paisajes
llenan su historia,
tornan las grullas, caen las monedas,
y hay voces azuzando.
Sin viajes legendarios,
sin el estruendo, sin la mascarada
voy a tus peñas y a tus manantiales,
a los muros leñosos que tu sombra arroja;
voy a tu noche de verano,
ya no cisne inmortal, ya no barquero;
romero de tus fugas,
duna entre las tormentas del sur,
y casi trovador
como en el cuento veronés.

SOMBRAS ALEVES

A VECES me recuesto, como el ángel maldito,
entre las sombras pérfidas;
me agazapo entre el polvo y la carroña,
y voy por los atajos
ya sin quehacer, sediento, a contrarrió.
Y soy de nuevo el náufrago, el redoble
del tambor roto, el fango
acre de la memoria.
Entonces mis palabras se fugan con la tempestad,
bullen por los abismos,
enloquecidas van como alimañas
por los lindes del sueño, tras el frío, ululantes.
Y no hay más que esos monstruos que articulan
no sé qué danza lívida;
y mis brazos inciertos, como conchas destruidas,
torpes humean frente al huracán.
Como un rostro famélico y sin nombre
me arrastro a la nevada,
a sus mastines ávidos, a un lado
de la noche asediada,
y no encuentro el portal ni la huella segura.

Me recuesto en las sombras
espantado del rayo de tus mares,
de las huestes alevos que me acosan
como voces de presa.
Mas sé que cuando llegas
todo el rumor se avisa entre la niebla,
y que tu aroma unánime
enciende mis vigiliás, y veloces
dan a mi claridad, yo ángel caído,
prisionero de sombras.

ORACIÓN POR LA MUCHACHA QUE ERES

Tú que has venido
a estos espacios míos,
a mi patria, la de lejanos nombres
de próceres y abuelos,
y de leyendas rotas por el aliento
de los nuevos amores;
déjame que te diga cómo encuentro en tu talle
el esplendor oculto
tras tantas calles ruinosas y evasivas;
déjame profanar con tu frescura
las cenizas mojadas de mi precario amor.
Y te pregunto ahora, desde este mar verdoso
donde a salvo de escorias
reconocemos el estiaje del tiempo,
¿cómo has venido aquí; qué fragor ha cambiado
tus jardines gozosos
en tórridos celajes, en locuras y arenas,
en carreras y voces?
¿Por qué yo no recuerdo lo que tú sí conoces:
esas tardes que tiemblan
con la miel de los bosques,

esa historia empolvada,
demasiado escondida quizá para mis ojos?
Tú llegaste de lejos, a tientas, por el río,
sin sombra de temor, súbita, exacta;
viniste por atajos, entre torres derruidas,
sin otra soledad que tus aromas,
sin empeños ni empresas.
Solo tú, la segura, la dichosa pleamar,
has tocado mis sombras, estas noticias mías,
estos fantasmas inquisidores
que me obligan, me ocultan, me acizañan,
pero que tú exterminas
serena y con bravura,
con tus buenas palabras;
sin sombra y sin rencor,
con tus palabras.

ENCUENTRO mi destino
no en la sombra agobiada de esta noche,
no en las canteras últimas del fuego
donde luché por años,
ni en la madera
donde esculpo o escribo otro destino ajeno.
He navegado sobre estas borrascas
de tu cuerpo encendido,
conozco sus verdades
hechas de formas todavía fijas
por la sangre que fluye en mis palabras.
Amo la espada rústica, el dintel,
los portales vencidos,
el legendario cáliz que gozó mi premura,
el muro, el manantial,
pero más el insomnio de llegar a tus locas
fronteras,
más las trampas del tiempo.
Heme aquí, entre ciudades,
acosada de oficios,
adivinando el sino de mis huesos pequeños

perdidos y distantes para tus estaciones;
heme aquí, cuerpo tuyo,
danzando para ti,
salvada del destierro
que eres tú cuando duermes.
Vivo en ti, yo, viajando,
mano feliz cuando eres universo
de indescifrables mapas.
Tú, destino sin claustros
que yo escribo temblando,
coronada de nombres.

TUS PIERNAS

HE viajado por mares,
he interrogado, por igual, las sombras
y el esplendor más vasto del tiempo y sus figuras;
he visitado grutas, bosques impredecibles,
muelles donde mil ángeles piadosos se acucillan
esperando una seña de amor y regocijos;
he subido a las puertas, he arrancado cerrojos,
y disipado el polvo que algún dios olvido en su
loca carrera.
Pero nunca he encontrado
una estación más dulce,
una entrada más suave, más llena de misterios,
un templo más fulmíneo
que tus piernas.
He venido de lejos,
he recordado historias de marinos y arqueros,
y ninguna más firme que tu piel olorosa a sándalo
y tomillo;
he buscado entre todas las leyendas un río
más veloz y obstinado que los torrentes tuyos,

y solo encuentro el talle, la curvada ribera

[de tu luz venturosa. -----

Entre tantos lejanos ponientes y levantes,
soy el junco azorado que llega a tus orillas;
hacia tus litorales,
hacia la mar más viva, más loca y más danzante
de tus piernas tendidas al resplandor del tiempo.

EPITALAMIO PARA MÚSICA DE GUITARRA

DÉJAME decirte
que los años se esparcen como hiedras,
como zarzas o espinos,
con la misma espesura de viento y sombra
de mis días propicios.
Déjame rescatar, sin el desdén de antaño,
los momentos infames;
hoy son como alimañas malheridas
que viven y transitan,
y quizá se consuman de tiempo y de descuido.

Fueron y son momentos; como la fronda donde
[se cobijan
los últimos destellos de los días necesarios.
Que los años se esparcen como hiedra,
como la madre selva;
y nosotros, huracanes vecinos,
arrasamos ciudades, derribamos sus caballos
[de bronce,
sus cúpulas, sus nortes;
transitamos andenes, subterráneos, glorietas.
Allí los años son como afiladas astillas;

allí deambulan nombres, portalones vacíos,
riachuelos descorrentados;
y no saben, no saben
que tu sombra más densa
es el fulgor más pleno donde el tiempo no pasa,
ni la hiedra, ni el día.

CAUDALES

QUIERO que me traduzcan al lituano,
al cingalés, al búlgaro, al suahili;
que corran las noticias,
que la esquiva ternura del mar
con la luz se confunda,
y la alimaña ciega del olvido
retorne a su cubil.
Pero te dejo mis mejores caudales,
las palabras exactas,
el *sí* de los otros a la luz que se acerca
y baña las laderas, se desnuda, no duda
e irrumpe en tus alcázares.
Quiero el dicho, el sonido, el anagrama,
las letanías antiguas,
el refrán, el pleonasma, la concisa factura
de escribir tus senderos, como a trancos,
con mis puntas de amor y hablaría.

ESTOS poemas que yo guardo aquí, entre
[mis papeles,
bajo noticias, estaciones, cartas,
discursos verdaderos donde escondo mis ansias,
ya no son para ti. Ellos nos mienten.
Ellos saben que tú no eres más cierta
que su tinta de estaño,
y ríen por soy, yo el que los amo,
su fantasma querido.
Yo los predigo y tú, casi en las sombras,
desvaneces su aroma,
los destruyen tus ojos, y otras manos
van tras ellos jadeando para asir sus estambres
de papel y ruinas.
Llámame tú, y acudiré escapando
de mis torpes costumbres;
llámalos tú y te negarán subiendo
como locos tornados,
cerrándote las puertas, rencorosos,
palabras sin palabras,
abriendo territorios que jamás aprendimos.

No los toques jamás, son una rosa
donde el viento y el tiempo
son los fantasmas de esta mano nocturna
que ahora se desvanece en este abismo
del papel y las letras, así como tú vives.

NUEVAS INSTRUCCIONES
PARA ESCRIBIR UN POEMA

INGREDIENTES: deseos,
fantasmas y fervores,
un piquín de tristeza,
tres gotas, por si acaso, de alegría,
dos chistes, un clavel,
un candil con historias,
la pluma y la hoja en blanco.
Mezclar todas las cosas
(cuidar de no romperlas),
abrirle una ventana a la hermosura,
bailar, pujar, beber un buen café,
y amar como se quiere.
La audacia y la ternura y el orgullo
deben estar a punto;
el calor, siempre igual;
y en las noches de luna,
cuando ya no se piensa
sino en lágrimas rotas y escoriadas,
salir a trancos hacia el mar,
y olerlo.

No olvidar lo mejor:
palabras y palabras y palabras.

EPÍLOGO

*...en la ciudad sin memoria pero igual sin pánico,
entre esplendores y noticias
flotando seguirán animales y hombres;
no faltará la lluvia, me digo.
Seguro del amor y su habitual constancia,
cierro el diario...*